

Disney · PIXAR

SOUL



© 2020 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos en español para México

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA JUNIOR M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Título original: *Soul Junior Novel Deluxe Hardcover Edition*

Título en español: *Soul. La novela*

Textos: Tenny Nelson

Traducido por: Lesli Mejía Chávez y Hugo López Araiza Bravo

Primera edición en formato epub: octubre de 2020

ISBN: 978-607-07-6967-2

Primera edición en México: octubre de 2020

ISBN: 978-607-07-6982-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Disney · PIXAR

SOUL



La novela

Adaptado por Tenny Nellson

Planeta
Junior



Uno

La presencia de Joe Gardner no hacía que la gente se pusiera de pie, deseosa de prestarle atención. Al menos, no de entrada. Era alto y tranquilo, con un bigotito delgado y una sonrisa tímida. Usaba unos lentes de armazón negro y pesado. A sus cuarenta y seis años, su cabello negro apenas empezaba a encanecer. No le importaba la moda, así que su guardarropa consistía casi exclusivamente de pantalones informales y suéteres negros de cuello de tortuga.

Quien lo viera por vez primera no sospecharía nunca que, en su pecho, era una pasión abrasadora la que hacía latir su corazón: una llama que ardía por un solo motivo.

Joe amaba el jazz.

Cayó rendido ante él a los doce años. Desde aquel día, había dedicado toda su vida a la música: a escucharla,

estudiarla y tocarla. Lo primero en lo que pensaba por la mañana era el jazz. Por la noche, se iba a dormir con riffs y codas arremolinándose en su mente.

Para él, lo increíble del jazz, lo que impedía que pasara de moda, era que había tantas maneras de tocarlo. Y cada una le hacía sentir algo distinto.

El jazz podía ser atrevido y confiado. O juguetón. O melancólico. Había un estilo de jazz que lo hacía sentir en la cima del mundo. Cuando estaba tristón, el jazz era un bálsamo para su alma.

Además había otro tipo de jazz con el que se sentía como si lo estuviera atropellando un camión de basura. Es decir, el jazz que tocaba una banda de secundaria.

Por desgracia, Joe estaba muy familiarizado con esta variedad. Un viernes en la mañana, a finales de otoño, estaba parado en el estrado del salón de música de la Secundaria 70. Armado solo con una batuta de director de orquesta, trataba con bravura de crear alguna especie de armonía en el ruido que asaltaba sus oídos.

—¡Un, dos, tres, cuatro! ¡Sigán el ritmo! ¡Dos, tres, cua...! —gritó Joe, agitando la batuta en vano. Entre los bocinazos y los agudos pitidos de la sección de instrumentos de viento, apenas si lograba hacerse oír—. ¡Era un do sostenido, vientos!

¡PUM! Una trombonista tiró su atril. A su lado estaba un trompetista tan encorvado que parecía tocar para su ombligo. Daba la impresión de que uno de los saxofonistas estaba interpretando otra canción por completo distinta... probablemente porque le ponía más atención a su celular que a la partitura.

Joe volteó hacia Connie, una trombonista diminuta que estaba en la primera fila. Era su última esperanza.

—Connie, ¡con todo!

Ella se llevó el trombón a los labios y empezó su solo. Las notas sonaron, claras y fuertes, por encima de la cacofonía. Tocaba con los ojos cerrados, meciéndose. Joe sonrió. Una vez cada mil años, llegaba un alumno que hacía que dar clases casi valiera la pena. Connie era una de esos estudiantes. Era buena.

Pero entonces los demás comenzaron a reír. Joe oyó sus risitas, que rebotaron por el salón. Connie, también. Pareció marchitarse en su silla. Vacilaba al tocar cada nota.

—¡Aguanta, aguanta! —gritó Joe. Golpeó el atril con la batuta.

Tras algunos pitidos y chirridos, la música se detuvo.

—¿De qué se ríen? —preguntó Joe con voz severa. Los alumnos lo miraron, inexpresivos—. ¿Qué tiene que Connie estuviera absorta en la música? Eso está bien.

Se acercó al piano. Sin dejar de hablar, empezó a tocar.

—Recuerdo que un día mi papá me llevó a un club de jazz. Era el último lugar al que habría querido ir. Pero entonces vi a un tipo que tocaba el piano...

—Recorrió las teclas con las manos, tocando un ostinato—. Era como si cantara. Y, se los juro, solo sé que a continuación fue como si empezara a flotar sobre el escenario. Ese tipo estaba perdido en la música. Se adentró en ella... y nos llevó consigo. Yo quería aprender ese lenguaje. Entonces supe que había nacido para tocar.

Terminó con una floritura y volteó a ver a sus alumnos.

—Connie sabe de lo que hablo. ¿Verdad, Connie?

La pobre niña se hundió en su asiento. Daba la impresión de que quería desaparecer.

—Tengo doce años —dijo.

Un toquido en la puerta interrumpió el momento.

—Ahorita regreso. Practiquen las escalas —ordenó Joe al grupo.

Salió al pasillo. Ahí estaba la directora Arroyo.

—Perdone la interrupción, señor Gardner —se disculpó—. Quería darle la buena noticia en persona.

Le entregó una carta. Joe la abrió y la leyó por encima. La sorpresa lo inundó al darse cuenta de que

era una oferta de trabajo de tiempo completo, la primera de su vida.

—Se acabó el medio tiempo para usted —anunció la subdirectora, radiante de alegría—. Por fin nos aprobaron el presupuesto. ¡Ya es nuestro maestro de música de tiempo completo! Seguridad laboral. Prestaciones. Jubilación.

Miró a Joe, expectante.

—Vaya. Este... qué bien —logró decir él.

La subdirectora Arroyo le extendió una mano.

—Bienvenido a la familia de la Secundaria 70, Joe. Se podrá quedar con nosotros para siempre.

Él se obligó a sonreír.



«Para siempre». Esas palabras retumbaron en su mente el resto de la mañana. Sabía que debía estar contento. Apenas se las arreglaba con su salario de medio tiempo. Este empleo cambiaría su situación.

Sin embargo, se suponía que su puesto en la Secundaria 70 sería solo temporal, algo para mantenerse a flote en lo que le sonreía la fortuna. Lo único que deseaba era tocar buena música... y no solo para un montón de chicos de secundaria adormilados.

Cuando se acabaron sus clases del día, seguía teniendo dudas. Decidió visitar a su madre. Tal vez ella podría aconsejarlo. Además, tenía que lavar la ropa.

Libba Gardner era propietaria de una pequeña sastrería en Queens, Nueva York. Era una mujer alta y elegante, de sesenta y tantos años, con el pelo blanco y muy corto, y una actitud práctica. Mientras Joe doblaba su ropa recién lavada, le contó de la oferta de trabajo.

—¡Dios por fin escuchó mis plegarias! ¡Un trabajo de tiempo completo! —exclamó ella con las manos entrelazadas.

—Sí —susurró Joe sin entusiasmo.

Su madre le lanzó una mirada severa.

—Les vas a decir que sí, ¿verdad?

—No te preocupes, mamá —contestó—. Tengo un plan.

Libba frunció los labios como si hubiera chupado un limón.

—Tú siempre tienes un plan. Quizá necesites también un plan B, para cuando falle el primero.

Joe no sabía por qué le sorprendía tanto. Ella nunca había apoyado las decisiones que había tomado en su carrera. ¿Por qué había creído que esta vez sería distinto?

Libba suspiró.

—Joey —dijo con una voz más suave—, no nos esforzamos tanto por darte una buena educación para

que seas un cuarentón que todavía lava sus calzones en mi tienda.

—Ya sé, pero, mamá... —empezó a decir Joe.

—Con este empleo —lo interrumpió ella de golpe—, por fin podrás dejar esas tocaditas sin futuro.

—Sí, pero...

—Y piénsalo —continuó Libba—, la música al fin será tu profesión. Así que les vas a decir que sí, ¿verdad?

Joe abrió la boca para protestar. Luego la cerró. Sabía que nada de lo que dijera haría que su madre cambiara de parecer. Y tal vez tenía razón. Tal vez ese empleo era la mejor profesión a la que podía aspirar.

Dejó escapar un largo suspiro. Luego asintió.

—Sí.

—Bien. —Libba parecía satisfecha.

Bzzz. El teléfono de Joe vibró en su bolsillo. Lo sacó y vio un número desconocido.

—¿Bueno?

—¿Cómo ha estado, señor G.? —preguntó una voz conocida, pero que no pudo identificar—. Soy Curley, eeh... Lamont. Lamont Baker.

—¡Curley! —A Joe le sorprendió tener noticias de su exalumno. Habían pasado, ¿qué?, por lo menos diez años desde que salió de la secundaria—. Hola. ¿Cómo has estado?

—Muy bien, señor Gardner.

Joe contuvo la risa.

—Me puedes decir Joe. Ya no soy tu maestro.

—De acuerdo, señor Gardner. Eh, mire —dijo Curley, llegando al punto—, soy el nuevo baterista del cuarteto de Dorothea Williams y vamos a arrancar nuestra gira con una función en La Media Nota hoy...

—¿Dorothea Williams? —chilló Joe—. ¿Es broma? ¡Felicidades! ¡Vaya! Moriría feliz si pudiera tocar con ella.

—Bueno —contestó Curley—, es su día de suerte...



Segundos después, Joe colgó; el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho. «¡Dorothea Williams! ¡Voy a audicionar para Dorothea Williams!».

Era una de las mejores saxofonistas vivas, la reina de la escena jazzística de Nueva York. La oportunidad de tocar con una música como ella solo se presentaba una vez en la vida.

Joe le inventó algo a Libba y se dirigió a la puerta a toda prisa. Fue al metro que lo llevaría a West Village, donde estaba La Media Nota.

Veinte minutos después, llegó corriendo a un edificio de ladrillos verdes con un toldo rojo sobre la entrada. Una vez adentro, se detuvo para recobrar el

aliento. En las escaleras que conducían al club, recorrió con la mirada las fotografías en blanco y negro que adornaban las paredes. Todos sus héroes estaban allí: Duke Ellington, John Coltrane, Miles Davis, Ella Fitzgerald, Thelonius Monk, Ornette Coleman, Dizzy Gillespie, Charlie Parker, Bill Evans y muchos más.

Y ese día era el turno de Joe. Al menos eso esperaba.

—¡Ahí está! ¡Mi salvador!

Curley lo estaba esperando al pie de las escaleras. Estaba más alto y fuerte que la última vez que lo había visto, y se había rapado el cabello. Sin embargo, todavía tenía la misma carita redonda y dulce que cuando tenía trece años.

—Hola, Curley —lo saludó Joe extendiendo la mano.

—Leon nos metió en un problemón cuando se fue de la ciudad, caray —se quejó su exalumno.

—Me imagino. —Joe trató de sonar comprensivo. Sin embargo, por dentro agradecía su suerte. Si alguna vez conocía a ese Leon, ¡lo invitaría a cenar como pago por esa oportunidad!

—Qué bueno que pudo venir —dijo Curley mientras entraban al club.

Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, Joe vio a Dorothea sentada en el escenario, ensayando con

su saxo. Su silueta proyectada sobre el telón rojo la hacía parecer una reina en su trono. Sin embargo, lo que hizo que Joe se detuviera en seco fue la música. El sonido que salía de su saxo era tan cálido y rico que podría habérselo bebido. Se quedó ahí parado, deslumbrado.

—Mira, Dorothea —lo presentó Curley—, él es el tipo del que te hablé. Mi profe de música de la secundaria, ¡el señor Gardner!

—Me puedes decir Joe, Dorothea... digo, eh, me puede decir Joe, señorita Williams. Es un placer conocerla. ¡Vaya! Qué increíble —dijo Joe sin poder contenerse.

Dorothea bajó el saxofón. Le echó una mirada larga y crítica. Se hizo un incómodo silencio. Para llenarlo, Curley añadió:

—Joe es el hijo de Ray Gardner.

—Así que —dijo por fin Dorothea— ahora dependemos de maestros de secundaria.

Joe le echó una mirada de impotencia a Curley. ¿Eso significaba que lo había rechazado? ¿Aun antes de tocar?

—Ven para acá, profe —le ordenó Dorothea mientras se ponía de pie—. No tenemos todo el día.

Joe subió al escenario de un salto. Apenas había tenido tiempo de sentarse ante el piano cuando Dorothea chasqueó los dedos.

—¿Qué...? ¿Qué vamos a tocar? —preguntó Joe.

En respuesta, Dorothea empezó a tocar. Curley y la bajista, Miho, una mujer delgada con un fedora inclinado sobre un ojo, se unieron a ella sin dudar un instante. Joe tocó algunos acordes, trataba de seguirles el ritmo y de averiguar adónde iban. Tras unos cuantos compases, le encontró la maña y presionó las teclas con más fuerza. Dorothea volteó a verlo y arqueó una ceja como diciendo: «Es tu turno. Muéstrame qué sabes hacer».

Joe respiró hondo. Cerró los ojos y empezó su solo. La Media Nota, Dorothea y Curley se desvanecieron. Solo estaban él y el piano. Sentía que flotaba en un mar de música...

De repente, se dio cuenta de que todos habían dejado de tocar. Abrió los ojos. Dorothea, Curley y Miho lo miraban fijamente.

—Eh, perdón. —Quitó las manos del piano y sintió que le ardía la cara—. Me dejé llevar.

—Joe Gardner —exclamó Dorothea—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Dando clases en secundaria —contestó—, pero los fines de semana...

—¿Tienes un traje? —lo interrumpió Dorothea. Como lo vio dudar, le ordenó—: Consíguelo uno, profe. Uno bueno. Vuelve en la noche. Tocamos a las

siete. La prueba de sonido es antes. Ya veremos cómo lo haces.

Joe sonrió, aunque estaba nervioso. ¡Lo había logrado! ¡Era el nuevo pianista del cuarteto de Dorothea Williams!